

Wohl 17/902

BIBLIOTECA DE LA REBELIÓN

Societ. prop. elicio fol. 13. 424

Edmundo F. Bianchi

Lucrecio Espíndola



LA UTOPIA

Las utopías son generalmente
verdades ~~no~~ comprendidas por la
ignorancia de la mayoría.

LAMARTINE

PRECIO 5 CENTS.

ORILLAS DEL PLATA, 281

MONTEVIDEO

URUGUAY

AMÉRICA DEL SUD

69
107.908.44/011
No 44806. BT

104X 806. B5. V9



15304



L.362007

SALA URUGUAY



Los compañeros editores de LA REBELIÓN han creído útil para la propaganda la publicación del presente trabajo. Yo sé que en las cortas páginas que siguen, nada nuevo encontrarán aquellos que busquen en mi escrito originalidad en el pensamiento y bellezas en el estilo. Obligado hace algún tiempo, y en

circunstancias bien críticas, á *hacer algo*, para leer en una velada, escribí *La Utopía* al correr de la pluma, no ocurriéndoseme ni remotamente que algún día se concediera á mi trabajo el honor de la publicación.

Ahí va, tal como fué escrito, sin enmiendas ni correcciones. Seguro estoy de que mis amigos serán indulgentes con un trabajo que no tiene más mérito que el de la intención

con que fué escrito y el de la propaganda que pueda hacer.

Tratar de convencer al pueblo de que los seres que él hoy desprecia son los que están trabajando para la futura felicidad de todos: he ahí la intención. Si hay muchos que escriben bien, muy pocos pueden gloriarse de escribir con anhelos humanos y nobles. Cier- to es que somos, como el que más, adora- dores del Arte, pero ¿qué nos importa la re- tórica deslumbrante y florida, la frase cince- lada y rica, cuando bajo la deslumbradora pompa del discurso, no hay más que vacío?... El ideal es hacer algo por el hombre.....

Dijo Roque Barcia: «Lo que se hace por el hombre, en la Historia se halla. Nada de lo que se hace por el esclavo, se pierde... Ten- gamos fe, tengamos esperanza puesto que tenemos razón; razón y martirio!»

* * *

¿La propaganda que este folleto pueda ha- cer?

Yo sé que con él no se convencerá el in- telectual que se paga de largas disquisiciones eruditas, de bellas frases literarias, de amplias lucubraciones filosóficas...

Nos sobran á nosotros sabios que escriban, filósofos que prediquen, poetas que canten... Para el sabio la misión de convencer al sabio. Nuestra aspiración es más humilde, por eso escribimos para el Pueblo, que no entiende de filosofías.

«Nuestra ambición—como dice Eliseo Reclus—consiste en conquistar para la Verdad á todo el planeta, con amigos y enemigos, hasta aquellos á quienes una educación funesta, todo el atavismo de las castas y el virus de las iglesias han armado para caer como fieras contra la Verdad».

L. E.

LA UTOPIA

Las utopías son generalmente verdades no comprendidas por la ignorancia de la mayoría.

LAMARTINE.



UTOPIA!... He ahí una palabra, que los hombres de todas las edades, los reaccionarios de todos los siglos, han pretendido clavar como una befa, como una maldición, sobre las puras frentes de los que han luchado por la Libertad, por la Igualdad, por la Vida.

Utopia!... Los antiguos significaban con esa palabra, lo imposible de realizarse, lo que jamás se llevaría al terreno de los hechos. Los modernos han aumentado la significación de esa palabra, agregándole una ironía rabiosa cuando es aplicada á los ideales de redención humana, de paz social, de armonía y de amor.

Los hartos, aquellos que en el moderno

mundo de explotación y de crímenes, en el juego de la mecánica social presente, ven la más maravillosa encarnación de lo justo, entreabriendo perezosamente los labios con una sonrisa de desprecio, responden á los creyentes en un porvenir de justicia y de amor: «Utopía, utopía»... declarando con esa palabra, su creencia en la no realización de los ideales que miman los cimientos del regio trono en el que se hallan colocados, dominando la ignorancia y el servilismo de los más.

Pero, nótes una cosa en esa respuesta: la palabra «Utopía» significa «una idea muy bella pero irrealizable». De modo, que los que nos motejan de locos, reconocen, á su pesar, que nuestras ideas, aun cuando para ellos irrealizables, son hermosas...

¡Y cómo no han de ser bellas cuando el fulgor que de ellas irradia deslumbra hasta á los que se empeñan en no mirarlas! Cómo no han de ser hermosas cuando hasta los miserables sin pan levantan la frente sorprendidos ante la luz de la Idea, y olvidando la diaria lucha, el eterno combate por la vida, marchan orgullosos y soberbios hacia el porvenir, la vista fija en la luz de la Justicia, entonando un himno de redención y de amor!

Á su pesar, muy á su pesar, reconocen los

hartos la belleza de nuestras teorías. Si ellos no creen en su realización, toca á nosotros demostrarles como se llegaría á la práctica de ellas, para la dicha y la felicidad de los humanos.



Porqué, pues, me empeño yo en llamar Utopia á una idea que creo se realizará?

Anarquista convencido, en más de una discusión pública ó privada, he tenido ocasión de que se me tratara de utopista. Y yo, hoy me apropio del apodo, que para mí no lo es, y hago con él un timbre de honor para nosotros. Si amar al prójimo y desear para él, felicidad y bienestar, es ser utopista; si la creencia en el advenimiento de una sociedad de hombres libres é iguales es una utopia, doy un viva á la Utopia y á los utopistas. El porvenir justificará nuestros hechos. Ya tenemos experiencia de ello.

En edades pasadas, un revolucionario de blonda barba y dorada cabellera; un joven de ojos cerúleos y frente en cuya superficie brillaba la serena paz de la Justicia; un pálido hijo del Pueblo, surgido de un establo de Galilea, lanzó á la frente de los Césares y al rostro de los poderosos, el anatema de la Justicia, pisoteada desde el origen del mundo.

Viajando por valles y por colinas, por ciudades y por campos, incansable y bueno, siempre entusiasta y siempre valiente, aquel apóstol de la Igualdad arrastraba á las masas tras de sí, y sus prosélitos escuchaban su pa-

labra serena y sencilla, embriagados de un férvido amor por la Verdad

Cayó aquel bueno. Sus enemigos, clavarón su cuerpo en un madero ignominioso, pretendiendo que de ese modo enlodarían su memoria para siempre.

Pero, sucedió que sus discípulos se apropiaron de la figura de aquel madero, é hicieron con un objeto de infamia y de deshonra, el símbolo purísimo de una nueva religión.

Apropiémonos pues, nosotros también, del título de utopistas que nos dán, y con él hagamos un escudo, una bandera de combate. Para nosotros la Utopía es la verdad. «Las utopías—ha dicho Lamartine—son generalmente verdades no comprendidas por la ignorancia de la mayoría».

Y tiene razón Lamartine.



Ninguna idea, ninguna innovación surgió del seno de las sociedades históricas, sin que el soplo criminal de las instituciones vigentes, tratara de hechar abajo con la fuerza brutal de la Barbarie, el monumento que los nuevos constructores sociales, crearon impulsados por un amor desmedido hacia sus semejantes.

Pero, no es bastante el látigo brutal de las tiranías ni el asesinato de los apóstoles para que una idea desaparezca de la faz de la Sociedad. Al pensamiento no se le fusila, ni se le ahorca, ni se le guillotina. La fuerza incontrastable de una idea, ha de ser destruida, si es que puede ser destruida, con la fuerza de la Razón, y cuando esta no corre en auxilio de los tiranos, los tiranos la falsifican. Es por esto que generalmente, los poderosos, cuando vieron que con nuestra muerte no destruían nuestras ideas, invocando la autoridad de sus sabios oficiales, con una prosopopeya teatral y un gesto despreciativo, nos gritaron desde las columnas de los diarios de á tanto la línea, y desde los púlpitos de los prostíbulos católicos:

«Callad, utopistas, callad!»

Pero nosotros, no nos callamos nunca, y mientras tanto, la Idea marcha.

※ ※ ※

La nueva utopía, que apareció desde hace algunos años, sobre la faz del mundo civilizado, esa *locura de vagabundos, ese sueño de poetas pobres, ese ideal de los miserables*, que hoy se propaga á la luz del Sol desde las tribunas y desde los periódicos, es la Anarquía.

Quién la propaga? Quiénes son los audaces que, desafiando las iras rabiosas de una sociedad feroz, verguen orgullosos la frente, y á las masas hambrientas y desarrapadas que viven en medio de la desolación y de la miseria, les anuncian el advenimiento de una sociedad de paz y de amor, en que todos los seres, hermanos ante la Madre común, gozarán de los frutos de la tierra, sin trabas ni cadenas?

Ah! los nuevos utopistas, son todos aquellos, que observando el mal social que desde siglos arrastra la Humanidad como un pesado fardo, protestan altamente de ello, y enseñan á los míseros el camino de la Redención humana, por el que se irá, destruyendo la podredumbre social, y los prejuicios que mil generaciones de ignorancia nos legaron.

Ante el negro fantasma de la destrucción de lo viejo, tiemblan de horror los gusanos que viven en el lodo de la infamia, y se es-

tremecen de pavora los miserables timoratos, que vejetan en esta pocilga de cerdos llamada sociedad contemporánea.

Se ríen, es verdad, de nuestro ideal de construcción, al que llaman utopia y locura, pero, tras de esa risa se oculta el intenso terror de nuestra obra de demolición, en la cual no cejaremos hasta que concluyamos con el último escombros de esta sociedad maldita.

Los viles tiemblan ante nuestra obra de destrucción. Con la risa de burla en los labios, llevan el corazón angustiado, y se imaginan oír continuamente el estrépito de bombas de dinamita, y el horrísono fragor del derrumbamiento del cuasi deshecho armatoste en que viven.

Ah, la dinamita! No creáis que es á ésta á quien temen! Bien saben ellos, que no es el método anarquista el uso del explosivo ni del puñal, y bastante conocimiento tienen de que solo los acorralados por mil abominaciones y mil injusticias, antes que sucumbir cobardemente, antes que inclinar con mengua de su calidad de humanos, la frente pálida, escupen al rostro de la Sociedad, como un salivazo de postrer desprecio, el odio acumulado por una vida de dolor y de hambre!...

En todas las épocas de la Historia, los llamados utopistas, han sido destructores, al par que han tenido su ideal de construcción. Cristo, anatematizando á la corrupción del paganismo, demolía con sus palabras el maderámen ya podrido de las instituciones de su tiempo, y al mismo tiempo delineaba el nuevo mundo de paz social, donde los hombres vivirían bajo la égida de la Fraternidad y del Amor.

Galileo, cuando fundó su filosofía basada en un nuevo sistema astronómico, hechó abajo el edificio del dogmatismo antiguo y abrió á las ciencias ancho y nuevo campo donde el espíritu podría espaciarse libremente, en busca de lo ignorado.

Otro tanto hicieron los reformadores religiosos y los revolucionarios de todos los tiempos. Los sabios y los artistas, los apóstoles y los inventores, mientras eran llamados utopistas por la mayoría imperante, destruían todos los obstáculos que se oponían á la construcción del nuevo mundo que en sus teorías habían delineado.

Ah! pero á costa de cuántos sacrificios inauditos; á costa de cuántos inenarrables martirios, la verdad propugnada por estos bravos se iba encarnando en el alma de los

pueblos! ¡Ah, la Verdad! cuánto dolor cuesta el demostrarla! Cuántas penas hay que sufrir para que sea aceptada por las masas! Todos los que se empeñan en mostrarla á los hombres, caen castigados por su audacia!

¡Ah ingratos humanos! Os resistís á aceptar la Verdad, desnuda y bella, tal como ella es! Decís que ella hace sufrir?... Ah! la Humanidad solo será feliz, cuando libre y sana, gloriosa y buena, diga como el poeta:

“La Verdad, ya lo sé, hace sufrir.
Ver, acaso sea morir,
Pero, no importa, ojo mío, mira!”



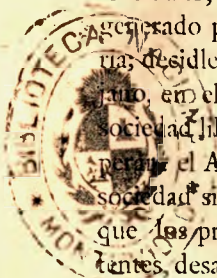
No son solo los poderosos, los hartos, los satisfechos, los que sonriendo con sorna y con desprecio, llaman *utopistas* á los que quieren despedazar el cetro despótico que ellos empuñan. La mayoría de los hijos del Pueblo, los pobres desheredados sociales, aquellos que llevan, como el Atlas mitológico, el peso de todas las miserias, son los que —¡pobres ignorantes!—nos gritan con mayor rabia, nos denostan con más ardor.

Ah! y ellos no ven, que somos nosotros aquellos que, continuamente, á todas horas, sin descanso y con riesgo de perder nuestra libertad y nuestra vida, gritamos al oído de los opresores, todos los crímenes de que son culpables, todas las abominaciones de que son autores!

El pobre operario que desgarrá su flaco organismo en la tremenda lucha por el menudrugo, la pálida obrera que deja sus pulmones sobre la máquina ó sobre la costura; todos los miserables acosados por la maldad humana, todos los infelices muertos de hambre, los parias de todas las patrias, los desgraciados privados de lo más necesario... Todos estos son los que nos insultan y nos maldicen, más groseramente aún de lo que lo hacen los satisfechos.

- Ved al pobre, ignorante obrero, que agobiado por un trabajo bestial y antihumano degenera su organismo en un taller antihigiénico y malsano. Id á este pobre cerebro ignorante, y tratad de infundirle entusiasmo y amor hacia una idea que le ha de redimir de su condición de esclavo...

Os responderá con el insulto grosero, y en vez de ver en lo que vosotros le enseñáis un medio de emancipación, creará ver un engaño.



Decidle al proletario miserable, al campesino rudo, á la niña explotada, al anciano degenerado por una vida de trabajo y de miseria; decíles que en un porvenir quizás no lejano, en el mundo los hombres fundarán una sociedad libre é igualitaria, en la que solo imperará el Amor como autoridad suprema; una sociedad sin dios, sin amo y sin dinero en la que los prejuicios criminales hoy día subsistentes desaparecerán ante la armonía sublime y el inmenso amor de los seres unidos por un estrecho lazo de fraternidad... Decidle todo esto á los desgraciados, á los miserables, y á vosotros también, como al apóstol Lucas de que habla Zola en *El Trabajo*, os escupirán en el rostro, y en medio de la

befa universal y del universal escarnio, os
gritarán como al pobre fundador de la
Crecherie:

«Mueran los envenenadores sociales... mueran... mueran... mueran!...»

* * *

«Una doctrina, dice Luis Blanc, cualquiera que ella sea,—política, religiosa, ó social—no se produce jamás sin encontrar mayor número de contradictores que de adeptos, y no conquista militantes sino después de haber hecho muchos mártires.

Todas las ideas que han guiado á los hombres, no fueron acaso reputadas como locuras, antes de ser tenidas por verdaderas?

En un tiempo, parecía imposible que se pudiera abolir la esclavitud. ¿Quién trabajará, se decía, si no habrá mas esclavos? Y sin embargo, con la Revolución los esclavos se emanciparon, y el trabajo, en vez de cesar se generalizó.»

Lo que hoy se dice, respondiendo á nuestras teorías, es más ó menos lo mismo. Con aspavientos de horror y gesticulaciones de repugnancia, se dice:

«¡Cómo, ¿es acaso posible vivir sin gobierno? Aquello será un desórden! La propiedad será del más fuerte, y la Sociedad volverá á la barbarie primitiva. Esas son locuras de desequilibrados, teorías de gente que se divierte en sembrar el espanto y el desórden en la Sociedad y en la Familia...!»

Pero, cuando nosotros, fría y razonadamente, tomamos á los adversarios y les ex-

plicamos la factibilidad de nuestras teorías; cuando les demostramos que la Humanidad, arrastrada por la fatalidad de la Evolución, ha de llegar á la finalidad de la Anarquía, donde los hombres vivirán sin más ley que el Amor, ni más dios que la Igualdad; cuando les demostramos que la sociedad en que vivimos actualmente, está basada en la violencia y en la explotación del hombre por el hombre, y que cortando estas lacras que infectan la humanidad que son hijas legítimas de la Religión, de la Autoridad y del Capitalismo, la Sociedad se entregará feliz y gloriosa, en brazos de la Anarquía, cuando decimos todo esto á nuestros contrincantes, y ellos no pueden oponer á los nuestros razonamientos lógicos, surge de sus labios la eterna cantinela de la que se agarran como de una tabla de salvación en sus discusiones con nosotros: «Sí! sí, muy bella, es verdad, pero imposible. Eso es una utopía... Hasta allí no se llegará jamás.»

En vano es que tratemos de demostrarles que esa palabra se ha aplicado siempre á teorías que más tarde se han realizado completamente. En vano es que les digamos que á todos los sabios, á todos los grandes hombres, á todos los innovadores

se les ha tachado de locos cuando han proclamado sus principios á la faz de la Sociedad—principios que más tarde se realizaron,—ellos no nos escuchan y persisten en tratarnos de degenerados y de locos. Con palabritas de relumbrón y frasesitas rebuscadas pretenden destruir la lógica fría é incontrovertible que emana de nuestras creencias fundamentadas en la Ciencia y en la Experiencia... Y cuando las cosas se extreman, cuando se llega á períodos en que los acontecimientos exaltan las pasiones rabiosas y sanguinarias de todos los defensores de lo viejo, ya no es el sofismo ni el razonamiento falso lo que contra nosotros se usa, sino que para hacer callar la poderosa voz de la Verdad, se ponen en práctica todos los medios imaginables, y las épocas de violencia surgen, y la sangre corre, y las víctimas somos nosotros los que combatimos por un porvenir de paz universal!

Y luego nos llaman violentos! Ellos, los que continuamente nos dan ejemplo de violencias y de brutalidades; ellos los apolo- gizadores del crimen, los asesinos galoneados, los maestros de la violencia organizada, degollando la Libertad, pisoteando los derechos y las vidas, haciendo de la honra de

nuestras hermanas é hijas, juego de sus groseros apetitos; los apoteosizadores de la inmoralidad y del robo, los traficantes de carne humana, el interminable ejército de los rufianes oficiales, de los lamepiés de los poderosos, de los canallas de levita, nos tratan á nosotros de violentos y nos asesinan en las calles cuando salimos para proclamar en voz alta nuestros derechos vejados y nuestra honradez insultada!

Ah! pero, como ya lo hemos dicho, todos los utopistas, todos los locos, los facinerosos, los vagabundos, los malhechores, como ellos nos llaman—tenemos nuestro ideal de destrucción y de muerte, cimentado en el estudio de la Naturaleza, y justificado por el odio que nace del espectáculo diario de la injusticia!

Á, pesar de que la Historia humana, en cada una de sus páginas registra el martirologio de los utopistas, estos resurgen, como el ave legendaria, de las cenizas de sus predecesores.

Desde las albores de la Historia hasta Cristo, desde Cristo hasta Henry, la lista de los ajusticiados por la infamia reinante es inmensa é inacabable. Revisad las páginas de la Historia y veréis en cada línea, bri-

llar como un diamante de luz purísima, el nombre de un mártir que cayó, doblada la cabeza por el tajo de la Barbarie, al proclamar ante sus contemporáneos teorías de igualdad y de amor.

Ora es Galileo, martirizado por el obscurantismo de su tiempo, ora es Giordano Bruno, arrastrado veinte y ocho veces al suplicio por proclamar principios filosóficos revolucionarios, y quemado al fin públicamente en una hoguera. Ora es Colón escarnecido y encarcelado por los jesuitas, ó Juan Huss ajusticiado por la bárbara saña del fanatismo...

Ved á los comuneros de Castilla, en España, morir por su santo principio de igualdad, declarado como utopia por sus contemporáneos, y ved á los hebertistas en la Revolución Francesa dejar la cabeza bajo el tajo de la guillotina por amar mucho la Libertad, que ellos la entendían amplia y grande. Sócrates, el viejo maestro de la Grecia; el que á través de muchos siglos nos enseña aún á nosotros que «quien viola la ley conscientemente, es menos culpable que quien ignorándola, la obedece», ha de beber la cicuta, por enseñar á la juventud helénica las bases de una filosofía más humana y más justa

que las estúpidas creencias del fanatismo politeísta. Y es Babeuf que muere acosado por haber proclamado la igualdad económica y política, y es Flourens fusilado por el reaccionarismo, y es Henry, guillotinado por haber demostrado al mundo de los hartos cual es la fuerza moral y material que el Pueblo tiene en sus manos!...

He ahí los mártires de la Utopía, los despreciados por los hombres de su tiempo, los glorificados hoy por el juicio incorruptible de la Historia. La Utopía se ha hecho siempre realidad. Espejismo de hoy, será el oasis mañana; el sueño loco de los poetas que anhelan luz y armonía, en el futuro se realizará. Los poetas han marchado siempre a la vanguardia de la Ciencia... ¿Y no fué también un poeta, el que dijo:

«Salve Utopía! de los miserables esclavos, agobiados por el social dolor, sueño y esperanza fúlgida; alta visión de libertad y de amor... ¡Salve Utopía!»



Ah! odiamos, sí! Odiamos porque amamos mucho, porque anhelamos para todos los hombres, que surja un día de eterna paz y de divina felicidad. Odiamos á lo malo y marchamos á la destrucción de todo lo injusto, de todo lo podrido, de todo lo antinatural. La Naturaleza, acaso, no construye sus maravillosas obras, creando y destruyendo, transformando eternamente las cosas en el eterno laboratorio de la Vida?

¡Guerra á todo lo malo, á todo lo injusto, á todo lo podrido! Así completamos y ayudamos la obra de la Naturaleza y de la Evolución, que marcha, serena y fatal, por un camino de escombros, mientras va construyendo monumentos de luz!

Marchemos, con nuestra locura, por el camino del Progreso! Porque llevamos en los ojos la llama sagrada del Ideal, se nos trata de visionarios y de alucinados, de criminales y de locos... Ah! es que vemos, mirando al horizonte, los celajes del Porvenir que se descorren, y nos muestran la ciudad del Futuro, la Nueva Utopía creada por el poeta anarquista, la ciudad de paz, de amor y de trabajo, en la cual los hombres reposarán, tranquilos y felices, hermanos ante el padre

Sol, en el regazo de la eterna Madre, siempre buena y siempre amorosa!

.

Que porqué combatimos por este ideal?

Que porqué llevamos en nuestros pechos, como combatientes serenos, el escudo de la Nueva Utopia?

Ah! es que en el mundo hay muchos hombres que gimen! En el mundo hay muchos hombres que se gozan en los gemidos de las víctimas, y fabrican el pedestal de su gloria, sobre montes de huesos humanos!

Ah! hermanos míos: mientras en la extensión de la tierra hay muchas madres que lloran, desoladas, con el dolor terrible de un corazón desgarrado por la ausencia del hijo que no vuelve, en el mundo hay también muchas mujeres ébrias de alegría impúdica...

Óyese sollozar en una covacha y se escucha una carcajada de loca alegría que baja de un palacio. Se escucha más para ver si en la otra covacha hay risas de contento ó gritos de satisfacción, y se oye llanto, y más llanto... y siempre llanto!

De arriba baja siempre la risa, la alegría vergonzosa, la carcajada báquica...

Arriba se ríe hasta en el dolor, abajo se llora hasta en la alegría. Y es que aquéllos

se han apropiado de todas las venturas de éstos, y les dejaron, en cambio, todos los dolores...

Pero mientras en la altura, hay siempre mucha luz dorada, donde se agitan, ciegas de lujuria, las mariposas de la corrupción, y un canto de lascivia se eleva del ambiente infecto, abajo, en la obscuridad aterradora de las ignominias y de los crímenes, entre la pavora de las tinieblas del eterno dolor y de la muerte; abajo, en la noche histórica en que la carcoma de mil décadas de ignorancia, se fué pulverizando y perdiendo en el fondo de la sombra, el arpa del profeta, del loco, del utopista, vibra...

El arpa del utopista vibra, y sus notas son gemidos de dolor, y lágrimas de luz... lágrimas y gemidos que surgen, como chispas diamantinas, de lo profundo de la obscuridad. ¡Ese es el himno de los odios de la plebe, la odisea de las rabias tremendas, que se arrastraron por millones de noches, en el fondo de la sombra...!

¿Quién es el profeta que rompe el silencio de la eterna noche de la esclavitud, y rasga el aire con sus gemidos y sus amenazas?

Ah! el profeta es el utopista; entona el himno de las penas del Pueblo, canta la destruc-

ción de la Jerusalem de la maldad y del crimen... Es la trompeta vengadora del Apocalipsis, que rasga las tinieblas de la Ignorancia, para anunciar la catástrofe horrenda que ha de arrojar al abismo del eterno olvido, que ha de destruir, sin dejar piedra sobre piedra, á esta moderna Jericó corrompida!...

Y son los secuaces de la Utopia, que revueltos entre la plebe despreciada y maldita, empiezan á agitar las olas de la Sociedad. Son miles y miles de trabajadores ocultos, que destruyen los cimientos del viejo edificio social. Son seres pequeños, ignorados, pero trabajan, trabajan siempre en la obra de destrucción. Son pequeños, sí, pero como los infusorios oceánicos, con el trabajo paciente fabricarán la isla encantada, donde brotarán fragantes y soberbias, la flores de la Felicidad y de la Armonía.

En la obra, muchos sucumben, es cierto. El Porvenir se construye sobre sus cuerpos, y los cimientos del monumento futuro, se consolidan con su sangre...

Oh, sangre sacrosanta de los utopistas que empapas el campo fecundo, de donde han de brotar las ópimas mieses del Futuro! Oh, sangre inocente que riegas la tierra que has acariciado con el santo beso de tu trabajo!

Oh, huesos de los mártires que reposáis,
ignorados, en todas las tierras... á vosotros,
que sois las piedras que construyen la gran
Ciudad del Mañana, á vosotros, que sois la
poderosa armazón del sólido edificio de la So-
ciedad del Porvenir, nosotros os enviamos el
saludo de respeto de nuestros corazones,
el beso de amor de nuestra gratitud y cariño!

.
Cayeron en todos los tiempos los utopis-
tas, luchando por su ideal. Ayer, para recor-
dar lo mas fresco, sucumbieron en Barcelona!

Allí hubo un baluarte de la Infamia que ul-
trajó la pura frente de los hijos del Pueblo,
embriagados por el entusiasmo de un nue-
vo mundo social.

Aquel puñado de héroes protestó contra
la maldad, y se les respondió con plomo!

Ah! es el idioma de los déspotas el plomo!
Antes, cuando el individuo iba con las es-
paldas desnudas á protestar ante el amo, el
amo le hablaba con el idioma del látigo.
Espartaco y sus secuaces protestaron con-
tra la tiranía de los Césares, y los Césares
les hablaron el idioma del hierro... Látigo,
hierro y plomo! Esos son los tres idiomas
con que hablan los tiranos en la Historia!

Ah! algún día la Historia hablará de una

lengua nueva, inventada por obscuras legiones de desarrapados: será el idioma con que los esclavos hablarán por última vez á sus amos!

.
Barcelona! he ahí otra etapa que los nuevos soldados del Porvenir han marcado en el camino que llevará á la Humanidad, por su ruta evolutiva, hacia la Anarquía.

Ah! cada vez que una explosión de los odios populares, estremece á los hartos en su solio podrido, los bravos luchadores de la Justicia, marcan con su sangre la fecha de su protesta! Hoy fué Barcelona!

Allí hay al presente, nuevas tumbas de mártires que piden flores para sus losas; hay también corazones que piden consuelo para sus penas! Hay madres que lloran á sus hijos, hijos que lloran á sus madres, esposas desoladas que lloran á sus compañeros...

Oh! cuántas lágrimas que secar, cuántas penas que consolar, cuánta sangre que pide venganza!

Y son los lamentos de siempre, son los dolores de siempre. Es siempre el mismo final de una vida de martirios: lágrimas... lágrimas... lágrimas...

Pero no! Es que hay más: hay seres solos, abandonados como una gaviota herida

en medio de la soledad del océano!... Hay estómagos que se estremecen con la honda angustia de la necesidad; hay cabezas coronadas de canas que se doblan ante el inmenso aplastamiento de la miseria. Hay cuerpecitos endebles y míseros, tiernos y queridos florecimientos del amor plebeyo, boquitas lívidas y dolorosas que modulan la trágica palabra, sintetizadora del dolor más hondo: pan... pan... pan...

.
Y así, así siempre, con sangre y con luto; con violencias inauditas y con iniquidades inconcebibles, es como se ha escrito la historia del Pueblo! Y ¡ay! de las bocas que protestan; ¡ay! de los lamentos del vencido!...

Pero, desde el fondo de los siglos, en la horrida noche de la esclavitud, la pupila del lobo perseguido brilla con siniestro fulgor!

Es la luz de la Utopía que brilla en el fondo del ojo de un gigante encadenado, que ha caminado por la senda escondida en medio de las tinieblas, llenando el espacio con el hondo alarido de sus martirios!

¡Ay del que proteste!... La Barbarie encadenó á la Justicia, y á golpes de espada y á golpes de plomo, la ha hecho caminar la senda de la Historia!...

Todavía camina la pobre Justicia con el Pueblo, los dos siempre juntos, siempre encadenados, azotados por el mismo golpe, abofeteados por el mismo ultraje!

Pero siempre, en el fondo de la sombra, brilla la luz de la Utopía en el ojo del Pueblo, y la canción del Poeta, el himno del soñador que proclama el advenimiento de un mundo nuevo, surgido del Amor triunfante y de la Paz final, retumba amenazador en el aire.

Y mientras tanto, la Justicia se va acercando á su país, á la Nueva Utopía creada por el poeta anarquista, la ciudad de la Paz, del Amor y del Trabajo!

Ah! pero la inauguración del reinado del Pueblo, será terrible! Algún día el esclavo, después de esta secular peregrinación agobiadora, llegará á su país, á la región de ensueño y de luz que los utopistas cantaron durante su martirio! Allí encontrará la espada de la Justicia, la verdadera espada de la ultrajada Themis, colgada del altar de la Libertad, fulgurante y limpia!

Esa espada degollará al fin á la Barbarie, ante el divino altar, ante la Naturaleza reconquistada y amante, gozosa al escuchar el postrer rugido de la bestialidad primitiva revolcándose en la agonía!

Bianchi, Edmundo, 1880-1963
Urug.

Y entonces, la Utopía, entrará en su reinado real, en su mundo de paz, de amor, de trabajo. Entonces, la Humanidad emancipada al fin de sus cadenas tiránicas, dichosa se lanzará por los derroteros de lo incognoscible, á la conquista de los ideales nuevos, creados por nuevas necesidades.

Y cuando la Historia, la verdadera historia del Porvenir, abra las páginas de su libro incorruptible, pondrá en relieve muchos nombres, nombres ignorados, que surgieron, como flores de pureza, en medio del charco inmundado de diez y nueve siglos de dolor y de lucha. Será la revancha postuma de la nueva sociedad contra la vieja,—será quizás la última revancha.

Entonces, utopistas de hoy, despreciados por la imbecilidad presente, seréis bendecidos y respetados.

Oh! Fourier, Kropotkine, Reclus, Guyau...
poetas del Porvenir, soñadores sublimes...
Oh vosotros, hermanos míos, ejército anónimo de divinos locos, de luchadores de la Utopía, cantad, cantad gozosos con el viejo poeta:

*Ah! son los forjadores de ideas imposibles
los que han de dar al mundo la paz universal!*

